

Artículo biográfico sobre:

Antonio José Cavanilles

Enciclopedia de la cultura española 2:226-227

Editora Nacional. Madrid, 1963.

y muerto en la famosa batalla de Poitiers (732), por Carlos Martel, que contiene definitivamente las intenciones musulmanas de islamizar Europa.

Le sustituye en el mando 'Abd al-Mālik ben Qatan, que lucha con los vascos. En tiempo de su sucesor, 'Uqba ben al-Hayyay, que primeramente perseguirá aún la idea de ir hacia el N. y lucha con Martel, surge en Africa una sublevación de carácter político (frente a los invasores), religioso (reacción contra la nueva idea) y racial (la xenofobia tan viva en el alma beréber), que obligará a 'Uqba a desentenderse de otras empresas para acudir en ayuda de las tropas islámicas, muriendo en el empeño. El califa Hixem envía ejércitos tras ejércitos, pero el principal, al mando del caudillo Kultum, es sangrientamente derrotado y sus restos, conducidos por Baly ben Bisy, se refugian en Ceuta, desde donde pide auxilio a al-Andalus, pero 'Abd al-Mālik ben Qatan, que a la muerte de 'Uqba se había hecho cargo del Poder, se niega a ello, fanatizado por esas enemistades entre las tribus a que ya nos hemos referido; mas la revuelta beréber repercute en la Península, el emir no tiene más remedio que recurrir al ejército de Baly; sin embargo, una vez vencidos los beréberes, renace el odio entre los mismos árabes y ahora los sirios de Baly vencen a 'Abd al-Malik y nombran a aquél como emir; pero la situación no se pacifica; es muerto Baly en combate, a manos del valeroso caudillo 'Abd al-Rahman ben al-Qama, gobernador de Narbona. Después del rápido paso por el poder de Ta'labā, viene de Africa Abū-l-Jatār, que, si sigue una política de conciliación en los primeros tiempos, muestra luego su partidismo tribal y la lucha se reanuda. Alma de ésta es Sumayl, que organiza el ejército que vencerá, pero, no queriendo para sí el mando directo, designa al anciano Yūsuf al-Fihri, aunque él sea el dueño absoluto del emirato en estos últimos años. Derrotados Sumayl y Yūsuf por 'Abd al-Rahmān I en la famosa batalla de la Alameda, a las puertas de Córdoba, se iniciará así otra nueva etapa: la del Emirato independiente.

En ella los emires son jefes absolutos, acaudillan personalmente sus ejércitos, y todavía más al proclamarse califas. Hay que llegar a Almanzor (fines del s. x) para encontrar un caudillo, aunque quepa hacer la mención mínima de aquel 'Ubayd Allāh ben 'Abd Allāh, que salvó la grave situación creada por la célebre revolución del Arrabal en el emirato de Alhaquem II; a su padre, hijo de 'Abd al-Rahmān I, el conocido por «El Valenciano», no hemos de juzgarle como caudillo musulmán, sino más bien como rebelde y ambicioso.

También merece ser citado Gālib, el antecesor de Almanzor, luego su aliado y su suegro, y finalmente su rival, al que elimina. A la muerte de Almanzor (1002) aún ocupan su puesto sus hijos; primeramente al-Mudafar, que durante seis años organiza campañas victoriosas contra los cristianos, y, tras él, 'Abd al-Rahmān «Sanchuelo», que no consigue formarse un partido y es vencido y muerto por Muhammad II, con el que el poder efectivo vuelve a manos de los omeyas, aunque no sea más que para dar paso a ese período caótico que marca el final del Califato y el paso a los reinos de taifas.

Dejando a un lado esta etapa, tan interesante culturalmente para el Islam español, que concluye con la invasión y conquista almorávide, sí pueden señalarse como caudillos musulmanes a los jefes de los que se han llamado «segundas taifas», o sea, los reyezuelos que se independizan en tres regiones de lo poco que va quedando ya del antiguo y floreciente al-Andalus: así, en Occidente, Abū-l-Qāsim Ahmad ben al-Husayn (el Abencasi de nuestras crónicas), que se subleva en Mértola y llega a dominar Silves, Niebla, Huelva temporalmente, y, derrotado luego, pasará a Africa a ponerse al habla con el caudillo de los almohades; en Córdoba destaca Hamdīn ben Muhammad, en relación directa en un principio con Zafadola (Sayf al-Dawla, el último representante de los Benī Hūd), pero Abenhamdīn, como es conocido este caudillo entre los cristianos, apenas consigue un poder auténticamente independiente de Zafadola, Ibn Gania y Alfonso VII, a quien tiene que recurrir; por último, en Levante, la situación es también confusa: acaudilla la rebelión contra los almorávides 'Abd al-Rahmān ben Ya'far en nombre de Abenhamdīn, aunque Zafadola llega a destituirle y funda en Murcia

la capital de su reino. Nuevas sublevaciones y luchas hacen que se una a esta ciudad Valencia, gobernándolas Ibn'Lyād, el cual, a la muerte de Zafadola, se proclama rey independiente y a su muerte (1147) tiene el rasgo de nombrar como sucesor, no a ninguno de sus hijos, sino a un extraño, el cual, en realidad, deberá cerrar este epigrafe, pues fue el último auténtico caudillo musulmán en lo que al-Andalus concierne. Su verdadero nombre es Abū 'Abd Allāh Muhammad ben Sa'd, pero es conocido por Ibn Mardānīx; como tantos otros, pretendió pasarse por árabe, pero ese nombre demuestra que su origen no fue tal; Mardānīx se interpreta, o bien como degeneración de Martínez, lo que le señalaría un abolengo hispano, o acaso de Mardonius (opinión de Codera), con arreglo a lo cual habría que ver en él un descendiente de bizantinos. Hay que destacar la nota de que, bien fuere por temperamento personal, bien por cálculo, fue siempre muy afín al ambiente cristiano, tanto en su manera de vivir como en su política; prefería las armas y aparejarse de aquéllos, hablaba correctamente su lengua, gustaba de servirse de soldados y funcionarios cristianos (verbigracia, el célebre Pedro Ruiz de Azagra, al que concedió el gobierno de Santa María de Albaracín), busca la alianza con los príncipes de la otra religión (Alfonso II de Aragón, Ramón Berenguer IV, Enrique II de Inglaterra); nuestros cronistas le llaman «Lope» o «el rey Lobo», y hasta en documentos pontificios se menciona al «rey Lope, de gloriosa memoria». Dueño de Valencia y Murcia, pronto dirige sus miras hacia Andalucía y ocupa Jaén, Ubeda, Baeza, Baza, Guadix, Ecija, Carmona, plazas que nunca habían dependido de Levante, y no dudó en atacar a Córdoba y a Almería. Cuando llega el momento de la invasión almohade se opone a ellos; el año en que culmina su poder es 1167, en que llega a tomar Granada, pero aquí empieza a declinar: derrotas, traiciones, como la de su suegro Ibrahim ben Ahmad («Hemochico» o «Abenmo-chico» para nuestros historiadores), retiradas obligadas (en una de ellas morirá Alvar Rodríguez, *el Calvo*, nieto de Alvar Fáñez, combatiendo con los musulmanes...); se levantan finalmente contra él Lorca, Alcira, Elche, y poco antes de su muerte sufre un grave descalabro a cuatro millas de Murcia, donde muere, aún como rey, en 1172, recomendando a sus hijos que se sometan a la autoridad de los almohades. La personalidad de Ibn Mardānīx es interesantísima, comparable a la de Omar ben Haf-sūn, aunque las circunstancias sean muy diferentes para ambos; dotado indudablemente de grandes condiciones de militar y de político, mostró también rasgos de una crueldad y de una lujuria que le llevaron a los últimos extremos y contribuyeron no poco a desprestigiarle.

Y después del gobierno almohade, casi sin transición, se constituye el reino de Granada, con el cual se concluye el dominio islámico en la Península, sin que en él aparezca, fuera de los reseñados en los artículos correspondientes, ningún caudillo que merezca especial mención.

Bibl.: AUTORES OCCIDENTALES: DOZY, R., *Historia de los musulmanes españoles hasta la conquista de al-Andalus por los almorávides*, 2.ª ed., M., 1877-78, 4 vols.; GASPARD REMIRO, Mariano, *Historia de la España musulmana*, Zaragoza, 1905; MENÉNDEZ PIDAL, Ramón, *La España del Cid*, M., 1929. Aparte de las Historias generales de BALLESTROS, VALDEAVELLANO, etc.—AUTORES ORIENTALES: MUHAMMAD B. YARRIR, ABU YA'FAR, conocido por AL-TABBARI, *Ta'rik al-Rusul wa-l-Muluk* (*Historia de los profetas y de los reyes*, s. x); 'ALI B. MUHAMMAD, ABU-L-HASAN, conocido por IBN AL-ATIR, *Kamil fi-t-tarj* (*La perfección en la Historia*, s. XII-XIII); MUHAMMAD B. 'IDARI, ABU 'ABD ALLAH, conocido por IBN 'IDARI, AL MARRAKUSI, *Al-Bayan al-mugrib* (*Exposición de lo prodigioso*, s. XIII); 'ABD AL-WAHID B. 'ALI, ABU MUHAMMAD, conocido por 'ABD AL-WAHID, *Al-Mu'yib* (*La maravilla*, s. XII-XIII); 'ABD AL-RAHMAN B. MUHAMMAD, ABU ZAYD, conocido por INN JALDUN, *Kitali al-'I-bar* (*Libro de los ejemplos*, s. XIV); Bibliotheca Arabico-Hispana, M. 1882-95, 10 vols. E. P. R.

CAVANILLES, Antonio José (1745-1804). Sacerdote valenciano, de personalidad acusadísima, gran talento, laboriosidad extraordinaria y vocación para las ciencias de observación.

Estudió Humanidades en Valencia, doctorándose en Teología. Terminados sus estudios, y como reacción a los métodos didácticos imperantes, dedicóse al estudio de Matemáticas, Física y Astronomía. Con uno de sus educandos trasladóse a Oviedo, donde se ordenó sacerdote (1772). Tras una corta estancia en Madrid

pasó a enseñar Filosofía en Murcia (1774). Desde Madrid le llama el duque del Infantado para que eduque a sus hijos (1776) y con ellos se traslada a París. Según el mismo Cavanilles, nace su vocación botánica en 1780 y progresa rápidamente al trabar amistad con los Jussieu, Lamarck, Desfontaines, etc.

Amigo de lo concreto, estudia plantas de los jardines y las con-



Antonio José Cavanilles.

servadas en los nutridos herbarios de París, junto con las que le mandaban sus correspondientes españoles. Resultado de la revisión de varios géneros de malváceas fue la aparición de *Dissertatio botanica de Sida...*, París, 1785, primera de la serie de diez monografías tituladas *Monadelphiae classis dissertationes*. Publicó las siguientes en 1786, 1787, 1788 y 1789. En Madrid (1790) publica las novena y décima. Dibujaba sus láminas, describiendo muchas especies y varios géneros nuevos.

Con estas revisiones

monográficas alcanzó fama mundial, que rebasaba la de simple especialista en malváceas y familias afines.

Ya en Madrid (1789) estudia los jardines y alrededores de la villa; se le encarga (1791) la misión de recorrer España y publicar el resultado de sus observaciones. Estudió el reino de Valencia (1782-1783), publicando *Observaciones sobre la Historia natural, geografía, agricultura, población y frutos del reino de Valencia* (M., 1795 y 1797). Esta interrupción de sus trabajos nos dejó un estudio geográfico interesantísimo y la descripción de muchas plantas levantineas que actualmente llevan el nombre que les diera su ilustre descubridor. Esta obra pone de manifiesto su temperamento de naturalista, dotes de observación y vasta cultura; estudió el cultivo del arroz, chufa, cacahuete, naranjos, etc., sobre los que publicó algunos trabajos.

En *Icones et descriptiones plantarum* publica seis centurias de plantas, españolas unas, exóticas otras, con láminas originales (M., 1791-1801); en el tomo tercero figuran muchas de las plantas que estudió en Valencia. Como en otras de sus obras, se observa la preocupación de Cavanilles en describir lo concreto, que puede observarse con exactitud, y cómo rehuye entrar en las discusiones generales sobre métodos de sistemática. Sus unidades son el género y la especie.

En junio de 1801 le encargan la cátedra de Botánica y Dirección del Jardín Botánico de Madrid, por jubilación de Gómez Ortega. Su método de enseñanza, claridad de exposición y amenidad extraordinaria congrega a lo más selecto de la intelectualidad madrileña hasta obligar a dar las clases en local más amplio. Enriqueció herbarios y jardines; más difícil fue lograr reunir los esfuerzos de los botánicos españoles, particularmente los que exploraron América. Queda una muestra de su método didáctico intuitivo en *Descripción de las plantas que D. A. J. Cavanilles demostró en las lecciones públicas del año 1801* (M., 1803). Organizó y fue principal colaborador de los *Anales de Historia Natural* (1799-1804).

Murió prematuramente en Madrid (10 de mayo de 1804), antes de lograr consolidar la formación de una escuela de botánicos y muy cerca de años aciagos para España. Lagasca, Clemente y otros discípulos habrían aprovechado más si la vida del maestro se hubiera prolongado unos años; acaso habría llegado el momento de la síntesis de conocimientos, fruto de la madurez.

Partidario del método linneano, que consideraba muy práctico,

redujo a 15 las 24 clases de Linneo; como monografista apartóse algo del maestro, ya que, al estudiar géneros de Geraniáceas y afines, entre los de la clase *Monadelphia*, se acercaba al método natural.

Entre las biografías de coetáneos cabe citar la de su discípulo Lagasca y la del admirador Pizcueta. Recientemente E. Alvarez López ha publicado un ensayo biográfico y crítico en *Anales del Jardín Botánico de Madrid*, VI (1), págs. 1-64, M., 1946; puede consultarse su bibliografía comentada y completa. También Colmeiro, en *La Botánica y los botánicos de la Península hispano-portuguesa* (pág. 173), dedica un amplio comentario a la vida y obra de Cavanilles.

P. M.

**CAVIA Y LAC**, Mariano de (1855-1920). El 22 de septiembre de 1855 nació en Zaragoza Mariano de Cavia y Lac, hijo de un notario de la capital. Estudió Humanidades en el Colegio de Jesuitas de Carrión de los Condes y cursó parte de la carrera de Derecho en la Universidad de su ciudad natal. Comenzó a escribir con seudónimo en el semanario satírico zaragozano «El Chinchín», fundado por él en 1879, y ya desde entonces destacaban sus artículos por el ingenio y el lenguaje castizo. Se dedicó más de lleno al periodismo desde que inició su colaboración en el «Diario de Avisos», de Zaragoza, donde se dio a conocer con su nombre. Posteriormente, en 1881, dirigió en Tarragona el «Diario Democrático». A los veinticinco años, perdida su fortuna familiar, se trasladó a Madrid, ingresando en la redacción de «El Liberal», y más tarde en la de «El Imparcial», periódico que inició su publicación el 16 de marzo de 1867, y del que llegó a ser director, permaneciendo en él hasta su muerte, producida por parálisis progresiva el 13 de julio de 1920. Colaboró también en «El Sol», en el «Heraldo de Madrid», en «La Opinión», en «La Justicia» y en «La Ilustración Española y Americana». Se hicieron famosos sus seudónimos *Un Chico del Instituto* y *Sobaquillo*. «Plato del día», «Despachos del otro mundo» y «Chácharas», dedicadas a crónicas chispeantes de sucesos, fueron sus secciones más celebradas. La crónica *El incendio del Museo del Prado* produjo los efectos apetecidos de que se cuidara la pinacoteca contra posibles incendios e hizo creer a cuantos la leyeron en un incendio auténtico del Museo del Prado.

Fue condecorado con la gran cruz de la Orden de Alfonso XII y elegido por unanimidad académico de la Española el 24 de febrero de 1916, pero no llegó a ocupar el sillón a que le habían destinado.

Según opinión de José Ortega Munilla, «esencia del alma del gran satírico eran el júbilo pensar y el elegante decir». Sus artículos, crónicas y comentarios, escritos con lenguaje castizo y mezcla de locuciones populares, reflejan los problemas de su tiempo, tratados con sentido práctico. Su desconfianza se refería exclusivamente a las personas de su tiempo, pero siempre abrigó los sentimientos más optimistas al hablar de la Patria, procurando con su pluma combatir el antiespañolismo y divulgar las glorias nacionales. Personificó los caracteres más comunes en tipos de trazo terso y preciso. Cuando descubría las miserias ajenas o fustigaba los vicios de la sociedad empleaba un tono benévolo. Su creación más acertada, *Juan Español*, representa la masa anónima bien intencionada y mal gobernada.

Aparte de las crónicas, poesías, artículos políticos y taurinos, críticas de libros y comentarios, escribió las siguientes obras: *División de plaza* (1887), *Azotes y galeras* (1891), *Salpicón* (1892), *De pitón a pitón* (1891), *Cuentos en guerrilla*, *Figuras anarquistas* y *Grageas* (1901), entre otras.

C. R. E.

**CAZA.** En la Península Ibérica la caza se debió practicar desde el momento de su primera ocupación humana. Los testimonios artísticos más arcaicos que se conservan, a pesar de su posible carácter mítico, se relacionan con la caza en cuanto medio de subvenir a necesidades económicas. En la mentalidad de los primeros cazadores de nuestro país, mediante la representación gráfica de animales se pretendía asegurar su existencia o invocar su presencia, creyendo lograrse esto en tanto mayor grado cuanto más perfectas fueran las reproducciones efectuadas. Las maravillas pictóricas de las Cuevas de Altamira responden a este